

OPINIÓN

Piedra, papel o tijeras

26.07.09 -

EUGENIO FUENTES

CADA cierto tiempo las ciudades deben reinventarse para no morir. Del mismo modo que los animales se adaptan al medio, las ciudades o evolucionan y se adaptan al tiempo, o el tiempo termina devorándolas. Con un impulso original, Cáceres se ha propuesto renovar su imagen intentando ser nombrada Capital Europea de la Cultura en el año 2016. Compite por el título con otras diecisiete, apoyadas por catorce comunidades autónomas: Tenerife, Las Palmas, Málaga, Córdoba, Murcia, Cuenca, Segovia, Alcalá de Henares, Valencia, Palma de Mallorca, Tarragona, Zaragoza, Pamplona, San Sebastián, Burgos, Santander y el triángulo formado por Oviedo-Gijón-Avilés. No supone un reto fácil, porque seis de las candidatas son Ciudades Patrimonio de la Humanidad. El curso que comienza después del verano será clave para tomar decisiones. En el año 2010 se elaborará la lista restringida con las aspirantes que hayan superado la primera criba.

Todas las ciudades antiguas tienen un castillo, que se mantiene en pie si no perdió el uso ni lo derribó un rayo, o en ruinas si la Historia se retiró de sus almenas. Lo excepcional es que una ciudad antigua preserve íntegro su casco histórico tal como era cinco siglos antes, con la misma distribución de plazas y de calles, con los mismos palacios e iglesias, aljibes y fortalezas. Así ocurre en Cáceres, que ofrece un magnífico paisaje de ciudad monumental como una de las virtudes para conseguir la capitalidad. Aunque no es un mérito suficiente, tampoco es una baza banal.

Por otro lado, es una ciudad abierta y acogedora, rodeada de murallas, pero no de fosos ni de puentes levadizos. Las torres conservan el empuje romano, la cintura árabe y los duros pómulos de las almenas castellanas en las que se posan las cigüeñas, como si fueran sus dueñas, a cotillear de los que pasan por debajo. Aquí las viejas piedras se asientan en el suelo con firmeza y no están descabezadas las estatuas de las diosas. Entre las iglesias y los palacios renacentistas se abren calles estrechas cuyas paredes han rozado las miles de manos de mujeres que han paseado al atardecer con sus primeros novios. Como la ciudad monumental mantiene su autenticidad y no se ha convertido en un parque temático de cartón piedra que reclame con neón y tantán la atención de los turistas para atosigarlos con ofertas de baratijas, caminar por ella regala momentos inolvidables. Al cruzar ante un callejón, durante un segundo, se ve escondido al fondo uno de esos tímidos conventos que no se sabe bien qué reliquia cobijan, ni a qué orden pertenecen, ni quiénes son sus moradores. Sobre el dintel de una ventana, unos mirlos con la garganta llena de silbos parlotean su alegría por algo que sólo ven ellos, más allá de una alta tapia. En los días entrenublados las ruedas de las almenas encajan sus dientes en las nubes y poco a poco le van dando cuerda a la tarde, al sol que cae formando un espectáculo, mientras los vencejos picotean la luz amarilla y la van reduciendo a sombras. En su dinámica primavera la ciudad ofrece olores para todos los gustos: a jazmín, a incienso y a perroflauta. Los jirones de humedad que a veces destilan los aljibes no impiden que por las noches se vean bien colocadas las estrellas en el cielo.

Aunque en verano caen entre sus muros algunos coágulos de intenso calor, cuando se inflama el sol de julio a las cuatro de la tarde y la canícula eleva las piedras a una temperatura que sólo agrada a los animales de sangre fría, los malos humos no manchan el cielo y nunca sopla el viento con fuerza de huracanes. El agua es la gran contradicción de esta ciudad: se levanta sobre un lago subterráneo de agua dulce, pero en la superficie es un terreno seco. El desaprovechado Calerizo es como un ente mítico y misterioso en la ciudad: todo el mundo sabe de su existencia, pero pocos saben definir su morfología, sus límites, su volumen.

Cáceres sintetiza lo que ha sido Extremadura de un modo más completo y dilatado en el tiempo que otras ciudades extremeñas. Su espacio urbano reúne huellas prehistóricas, romanas, árabes y un conjunto renacentista fuertemente impregnado por la marca americana de los descubridores. Alcanzó su esplendor en los siglos XVI y XVII y de aquel tiempo han quedado tallados sobre las puertas o en los lienzos más visibles de los muros tantos escudos que los escudos dejan de tener importancia. Sin embargo, dos siglos más tarde se hundió en ese marasmo en que se derrochan las horas, no se emplean las fuerzas y se gasta lo ahorrado. En esos siglos, por no ocurrir nada, aquí ni siquiera se libraron batallas y, por tanto, no hubo ruinas que levantar ni botín con el que invertir. La ciudad quedó al margen de la revolución industrial que en otros lugares derribó las murallas para hacer sitio a las fábricas y a los barracones de los trabajadores. Aquí, en ese tiempo, no se oyó el grato y monótono murmullo de los motores de vapor, pero por eso mismo conservó su patrimonio y la limpieza de su entorno.

Piedra y papel o tijeras (y II)

09.08.09 -

EUGENIO FUENTES

EN las últimas décadas, la ciudad de nuevo ha vuelto a florecer. La parte moderna se articula sobre un parque central, el Paseo de Cánovas, en el que, tarde o temprano, para bien o para mal, terminan por cruzarse todos sus habitantes, pero ha crecido en tamaño y en población y diferentes barriadas han desbordado el viejo núcleo urbano donde dormitaba. Por otro lado, ha ido abriendo o recuperando algunas de las herméticas torres de las murallas: Bujaco, Yerba, los Pozos y los Púlpitos. En cualquier entorno se puede elegir más de un restaurante y en las calles se oyen idiomas y acentos de todos los lugares del mundo.

Si el visitante, cansado de historia y de pasado, desea salir a campo abierto, la naturaleza de los alrededores ofrece paisajes de dehesas eternas o de enclaves donde los ríos rompen los espinazos de las sierras en entornos muy bien conservados: Monfragüe, Cornalvo, las Villuercas. No es que de las fuentes de todos los caminos mane agua mineral, pero la naturaleza no ha sido abrasada por industrias ni vertidos.

Ahora bien, el patrimonio artístico por sí solo no hace ganadora a una ciudad. Es necesario dar otros pasos, de modo que se asiente la Historia donde antes sólo había piedras. Es necesario que el interior de las murallas se llene de vida y de participación ciudadana, que las calles estén habitadas más por ciudadanos que por huéspedes y que sus habitantes no confundan el orden con la quietud ni la vitalidad con el caos. Es necesario que la ciudad entera se deje arrastrar por ese conocido anhelo que empuja a los pueblos de las llanuras que no tienen montañas a construir las torres más altas.

Para conseguir la capitalidad, Cáceres debe ofrecer su mejor imagen desde el momento en que los visitantes que vienen a juzgarnos columbren desde la autovía de Trujillo o de Plasencia las torres de la ciudad antigua, porque en una urbe moderna el campo empieza donde termina la ciudad; en una urbe atrasada, donde la ciudad termina empiezan los vertederos. Una vez llegados, los jueces deben ser recibidos por

anfitriones amables, pero no untuosos; serviciales, pero no serviles; aspirantes, pero no pedigüeños; orgullosos de sus méritos, pero no arrogantes, de modo que al describir sus virtudes no desdeñen las virtudes de otras ciudades candidatas.

Para entonces, dentro de unos pocos meses, el asfalto no puede estar horadado, ni levantadas las losetas de las aceras, ni abolladas las señales de tráfico. Deberán estar podadas las ramas muertas de las acacias, a punto los aspersores que riegan el césped y alcanzarán la altura adecuada los chorros de las fuentes. Los relojes de las torres no dormirán atrasados ni un minuto y en ninguna farola se mantendrá una bombilla fundida.

Esas dos virtudes -patrimonio y participación, la piedra y el papel-, la implicación de sus habitantes y un buen proyecto que las llene de contenido y las ponga en marcha serán suficientes para competir con solvencia y no quedar cortada con el primer tijeretazo. Eso es lo importante y decisivo. Lo demás resulta secundario, una mera contingencia. Da igual que el gobernante o el gestor de ahora mismo se llame Saponi o Heras o Vela, del mismo modo que ante un buen libro importa menos el nombre de su actual propietario que las ideas, la historia narrada o las palabras que contiene. Lo primero es transitorio, lo segundo es eterno.

Cáceres, pues, no debe aparentar más de lo que es ni simular grandezas que no tiene. Hay ciudades candidatas con más población, hay otras que pertenecen a regiones o a comunidades más ricas o más turísticas que disponen de la ayuda del mar y de los puentes, y hay otras, en fin, que han puesto sobre la mesa más recursos y han conseguido ir más deprisa en la carrera de la candidatura. Claro que aún sufrimos carencias: todavía los edificios más altos de esta ciudad son las iglesias, cuando un signo de modernidad de las ciudades del mundo es que sus torres más altas alberguen hoteles u oficinas. Todavía con frecuencia miramos a quien es diferente a nosotros -por costumbres, cultura, religión, idioma, color de piel- como si fuera algo exótico. Todavía, ante un atrevimiento arquitectónico o estructural, nos invade el miedo a la novedad y derramamos sobre la ciudad una sustancia embalsamadora que deje las cosas como están. Todavía en la parte antigua se echa de menos alguna otra fuente que haga brotar agua de las piedras.

Pero la capitalidad cultural no sólo se le concede a una ciudad por lo que ya tiene y por los méritos que ha alcanzado, también por lo que puede tener y aún le falta y a cuyo logro se aplican sus habitantes. Y, de entre las candidatas, posiblemente no haya ninguna que como Cáceres, ofreciendo posibilidades para todo, haya recibido tan poco.